



D. LUIS CEBALLOS Y FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LV. - TOMO XLVII. - SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1967. - CUAD. CLXXXII

Don Luis Ceballos y Fernández de Córdoba

D. Luis Ceballos y Fernández de Córdoba no ha compartido mucho tiempo con nosotros las tareas concernientes a esta Real Academia. Desde el día 12 de diciembre de 1965 (fecha de su ingreso) hasta principios de 1967, en que se vio obligado a guardar cama, un año y pocos meses transcurrieron solamente. Un período insuficiente, a todas luces, tanto para que él nos ilustrara con su saber enorme sobre cuantas plantas nos ofrece el suelo que pisamos, como para que nosotros hayamos recogido de su ciencia inagotable lo más preciso para la obra que tenemos entre manos: el Diccionario de la Lengua.

Cosa de un año llevaba yo en Canarias cuando, una mañana, al instalarme en mi despacho, encontré sobre la mesa un espléndido volumen titulado "Vegetación y flora forestal de las Canarias Occidentales". En este libro aparecía: la descripción fisiográfica del Archipiélago, un estudio general sobre su vegetación y una serie de capítulos muy detallados sobre las especies más abundantes en las islas de Tenerife, La Palma, Hierro y La Gomera. En su última parte, un extenso catálogo de las plantas leñosas, silvestres y asilvestradas; y, en fin, un índice de todos los productos —más de mil— citados en el texto. Autores del hermoso libro, bien guar-

necido con esquemas, fotografías y figuras: D. Luis Ceballos (el personaje ilustre a quien dedico esta breve loa) y D. Francisco Ortuño (hoy “Director general de Montes, Caza y Pesca Fluvial”, del Ministerio de Agricultura). Muy efusivamente —y con mucha admiración por su labor— di las gracias a ambos tratadistas; pero a D. Luis Ceballos sólo he tenido la honra y la satisfacción de conocerle con motivo de su ingreso en nuestra Corporación.

* * *

Interesaba tanto la presencia de Ceballos en esta Academia, que tan pronto como fue elegido se le rogó que interviniera en las sesiones de la Comisión nombrada para estudio y recepción del vocabulario técnico. Sin tener aún la medalla, ni haber leído su discurso, participó en aquellas sesiones con mucha eficacia. Su extraordinaria discreción le indujo, desde el primer instante, a sólo informar en caso de consulta; pero su ilustración y su inteligencia le obligaban a opinar en cuantos intercambios tenían lugar sobre los temas básicos de la labor en marcha. Enemigo acérrimo de todo neologismo, le consolaría —sin duda— el hecho de que en tantas otras ramas de la ciencia y de la técnica moderna, no sólo neologismos, sino muy impropios y malsonantes extranjerismos se abrieran paso hacia el idioma hispánico y lograran tener un puesto en las columnas de nuestro diccionario. La técnica, en efecto, se intensifica y ha empezado a subvertir el lema tradicional de esta Academia. Pero Ceballos era botánico; y la botánica procede de otro tiempo. Las especies vegetales, que son como infinitas, están sobre la tierra desde hace siglos, y son muy numerosas las que siempre han sido utilizadas. Nombres latinos son muchos de los suyos, sin que esto implique latinismos, ni menos aún tener que utilizar extranjerismos, europeos o americanos. En química y en física, en electrónica y en fuerzas nucleares, casi

todos los vientos son de fuera. En España, en cambio, hay árboles y arbustos, matorrales y matojos, plantas y flores, que apenas se conocen por el mundo. Y Ceballos, de resultas, participó a nuestra tarea como frenando con lo suyo lo que aquellos vientos aceleraban. Se dio perfecta cuenta del problema, y nos acercó a la orientación debida.

* * *

Luis Ceballos era nieto del antepenúltimo Conde de Gondomar; descendiente, por lo tanto, de D. Diego Sarmiento, Alcaide del Palacio de San Jerónimo en Madrid y primer Conde de Gondomar (desde 1617), que adquirió celebridad como Embajador de Felipe III en Inglaterra, durante el período en que España estaba en plena lucha con más de medio mundo, y que habló, en sus cartas, con tanta claridad que, refiriéndose a lo suyo, llegó a decir a su Monarca: *esto se irá por la posta*.

Nació en El Escorial en 1896. Estudió en el Real Colegio de Alfonso XII, de los padres agustinos. E ingresó después en la Escuela Técnica de Ingenieros de Montes.

Para esta última elección no tuvo dudas. El ambiente y la afición lo encarrilaron. Afición y ambiente son, sin duda, factores que se enlazan hasta el extremo de originar productos en vez de sumas. Y hablo aquí de ambiente porque los Ceballos eran dos hermanos que optaron, ambos, por la carrera de su padre. Tres ingenieros de montes reunidos en la misma casa. Especializado el padre en topografía, los hijos prefirieron la botánica y la entomología. Todos entusiastas de lo suyo; con lo cual, según palabras de D. Eduardo Hernández-Pacheco, *la eterna luz del trabajo había de ser para ellos un placer*.

Terminada su carrera en 1920, el servicio militar lo llevó a la zona marroquí de Xauen, donde, como cabo de ingenieros, tomó parte en el trazado de un ferrocarril

y de una carretera, quedándole sin duda el tiempo necesario para admirar la sierra y explorar el campo en lo relativo a su floresta; y bien lo prueba el hecho de que aún era Ceballos francamente joven cuando aparecieron sus primeras obras, dedicadas al abeto y al pinsapo de Marruecos.

En 1924 fue destinado a un puesto preeminente en la "Resinera Española". Entró, después (1929-32), en el Instituto Forestal de Investigación Científica. En 1940 ocupó una cátedra en la Escuela Técnica de su especialidad. Más tarde, en fin (1961), fue nombrado miembro del Consejo Superior de Montes.

Durante todo ese período, la reglamentación de su propia vida y de las grandes excursiones por el campo caracteriza su existencia. Un quehacer normalizado, a base de actuaciones diferentes. Las clases que daba en la Escuela Superior de Montes ofrecían, a este respecto, una nota muy curiosa. Después de nombrar a quien había de resumir la previa conferencia, él explicaba claramente la siguiente; mas siempre sobraban diez minutos para contar alguna anécdota relacionada con la cuestión recién tratada o alguna otra concerniente a fitología. Estas anécdotas variaban y eran siempre amenas. Los discípulos de Luis Ceballos las recuerdan con agrado, junto a la moraleja correspondiente.

La austeridad del padre de familia avasalló la casa. Práctica abstención de cine y de teatros. Veranos dedicados al trabajo y a la investigación. Puntualidad para comer; y, después de cada cena, el Santo Rosario, siempre en familia y siempre con recogimiento. A media noche, los hijos se iban; y "Padre" —según ellos dicen— quedaba una hora hablando con "Madre".

Ceballos era detallista y cuidadoso. Se conservan en su casa numerosos borradores de sus cartas y de sus diferentes obras. Se conservan igualmente muchas notas sobre sus proyectos, planes de viaje, zonas recorridas, observaciones hechas, personas tratadas y aun sobre su vida, al parecer monótona, pero en su fondo muy

variada. Hacía programas para todo, y todo le aportaba una secuela interesante. Varias horas de su jornada—siempre las mismas— solían ser dedicadas a la preparación de sus trabajos o excursiones o a clasificar los resultados obtenidos. A tal efecto, se refugiaba en lugares solitarios; y, cosa extraña, el tan bullicioso Café de Gijón le ofrecía, cada mañana, en pleno invierno, la soledad buscada. Mas, para pensar, la calle le bastaba. A algún pariente o amigo he oído referir que hasta en vías casi desiertas se le abordaba sin que él se diera cuenta. “Hola, Luis”; y sólo entonces se enteraba del encuentro. Iba pensando..., meditando.

Ceballos nunca tuvo la más mínima ambición; o, si la tuvo, jamás hizo un esfuerzo por lograrlo que quería. Renunció a las direcciones del Jardín Botánico y de la Escuela Superior de Montes. Prefería no privarse de un tiempo necesario para otras labores. Numerosos libros, artículos y escritos de todo género fueron fruto de su empeño. Publicó, en 1929, una “*Contribución al estudio botánico de los pastizales del monte*”; después, un “*Estudio sobre la flora y vegetación de Málaga*” (1933), una obra titulada “*Evolución de la vegetación de los montes españoles y significación de los pinares*” (1940), una “*Síntesis de los aspectos de la vegetación de los pinares*” (1940), una “*Síntesis de los aspectos de la vegetación en los (citados) montes españoles*” (1944), la “*Fitosociología como auxiliar de la técnica forestal*” (1948) y, en fin, “*Pasado y presente de los bosques en la región mediterránea*” (1959). Y, a cuanto queda expuesto, ha de añadirse, con carácter preeminente, la obra, en un principio mencionada, sobre la *vegetación canaria*; un trabajo inédito sobre la de *Soria*; otro en iguales condiciones sobre “*Repoblación forestal de España*” (quizá lo más completo que haya escrito), y, en fin, sus discursos de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y en la que hoy recuerda con tanta emoción a su desaparecido e inolvidable numerario.

El 12 de diciembre de 1945, Luis Ceballos leyó en la Real de Ciencias una admirable composición sobre “*Los matorrales españoles y su significación*”; y veinte años más tarde, día por día —o sea el 12 de diciembre de 1965— nos deleitó a casi todos los presentes, al ser recibido en esta Casa, con su amenísimo y profundo estudio titulado “*La Flora del Quijote*”.

Ha de tenerse en cuenta, antes de juzgar estos discursos, que Ceballos era *un biólogo observador de los fenómenos naturales*; y éstas son palabras que él pronuncia al comenzar la descripción de media España, que ha visitado paso a paso y que ha estudiado con paciencia inusitada sobre la base de un conocimiento firme de la materia que le apasiona. Ceballos recorrió las zonas más diversas, sin buscar ambientes saturados de alegría y de hermosura, sino lugares en que lo natural interesaba a su trabajo. Él mismo nos lo dice en su discurso sobre “los matorrales”. *No van a traeros mis palabras el umbroso y fresco ambiente de la selva, ni aun la fragancia a trementina del pinar. Vamos (sólo) a hacer un recorrido a cielo descubierto por las llanuras de la meseta y por las cumbres y laderas des- arboladas de nuestras sierras.* Esto dice; pero, a pesar de todo, nos lleva a otros lugares. Nos lleva a los depósitos terciarios, a los saladares, a los arenales y marismas de la costa, a las Bárcenas y a los Monegros, a las depresiones sin desagüe, a las zonas yeseras y a ciertos niveles superiores a los límites altitudinales de los bosques. Todo ello para estudiar a fondo. No tiene duda. Cuando nos dice que *en la mayoría del suelo español la representación del óptimo de la vegetación es la que corresponde al bosque...; que lo natural es que los matorrales se nos presentan como sucedáneos de algo mejor...; que (dichos matorrales) son derivaciones producidas por la degeneración del (citado) bosque, y que el equilibrio establecido por las fuerzas naturales se ha roto (sólo) a causa de la codicia humana, mediante el pastoreo, el hacha y el fuego...*, nos hace comprender lo mucho

que ha indagado sobre su propia especialidad, que es casi una sorpresa para muchos de nosotros y una materia apasionante para todos.

Mas cuando se medita sobre asuntos tan complejos, en que la evolución abrumba y la variedad impulsa, las normas se deslizan de la mente para ceder su puesto a un algo sobrenatural —siempre intangible— que emana de lo insondable para el hombre. Y por esta causa —lo creo evidente—, Ceballos termina su discurso de entrada en la Real de Ciencias con las siguientes frases: *“No olvidemos que siempre que se trate de buscar reglas y leyes aplicables a los fenómenos biológicos se precisa una gran elasticidad y amplitud de criterio, pues cuanto más nos esforzamos en satisfacer nuestras ansias de reglamentación y de orden, tanto más nos alejamos de la realidad, ya que la naturaleza es rebelde a fórmulas y a encasillados, y como obra divina tiene para nosotros, dentro de su armónica perfección, una enorme complejidad, que es difícil encerrar en las concepciones artificiosas de los hombres.*

* * *

El otro gran discurso de Ceballos fue leído en esta Real Academia Española.

La “Flora del Quijote” —según su nombre— es algo así como un estudio histórico, a la par que literario. Nos habla en él —Ceballos— de cómo la agricultura, en tiempos de Cervantes, estaba supeditada a la ganadería. Nos describe luego los productos que cubrían el suelo hispánico en los siglos XVI y XVII, coordinando la botánica y la geología, la arboricultura y la topografía, o, en fin, el clima y las costumbres. Nos ofrece una excelente muestra de lo que puede conseguirse en función de un tema coordinado suavemente con asuntos que sólo puede coadunar, sin ser especialista, el hombre que posee una inteligencia clara y que sabe meditar a fondo. Y es curioso el hecho de haber logrado tan espléndido discurso

sobre la base —según su propio autor— de que *la mayoría de las alusiones botánicas que él ha encontrado en el Quijote son ajenas al paisaje y a la vegetación de los itinerarios adoptados*; pues conviene recordar que las diversas plantas, matojos y árboles del siglo XVII están citados en forma tal que ilustran sobre su existencia, dan buena idea del campo y de los montes y proporcionan —finalmente— a todo el trabajo el tinte ameno y entretenido con que el autor logró imponerse al auditorio. El discurso titulado “La Flora del Quijote” integra, pues, una labor en que la ciencia, la historia y la literatura se entrelazan como colores que el artista logra coordinar o combinar a fin de que su cuadro adquiera el gran valor que él solo sabe darle. Pinceles diferentes y entonaciones muy sutiles, sin más preliminares que los manchones que abarrotan la paleta, igual que las ideas se barajaron —sin duda alguna— en la despejada mente de Luis Ceballos Fernández de Córdoba.

Las obras, pues, son numerosas y muy dignas de elogio. Pero la condición moral del hombre que logra un prestigio semejante al conseguido por nuestro compañero Luis Ceballos es difícil de estudiar. El mundo está más lleno cada día de hombres y mujeres que destacan. La cultura aumenta velozmente. Se extiende y se amplifica. En relación a la época pasada, lo aprendido se aproxima a lo aprendible; y, en estas condiciones, “llevar” —sin empujar— es consecuencia de un respeto que se logra no sólo con trabajo, sino con la inteligencia y la memoria que hace falta para afirmar la obra y no olvidarla. No basta “saber” en esta Casa, sino que aun es necesario estar despierto; tenerlo todo preparado sin prepararlo. Y Luis Ceballos reunía estas cualidades ampliamente: sabía muchísimo, y su ciencia o sus conocimientos estaban siempre presentes.

Además, la ciencia de Ceballos no es corriente. Con tadísimas personas la conocen con el detalle necesario para el trabajo de esta Academia. Cada uno de nosotros suele moverse en el ambiente que origina su elección, su

ingreso y hasta el discurso leído en el solemne día de su propia recepción. Las palabras que se traen son casi siempre usuales en el citado ambiente, y a él pueden hallarse reducidas. La “provincia”, la “carrera”, la “tertulia” incluso... integran algo así como un sencillo tocadiscos que repite diariamente la lección. Pero las cien mil variedades fitológicas que hay sobre la tierra (y creo quedarme corto), las 40.000 especies de himenópteros (según Gonzalo Ceballos, también en la Real de Ciencias), las 10.000 siquiera en cada una de otras muchas ramas del saber humano..., no se citan con frecuencia en las tertulias, ni entre compañeros de carrera, ni aun en las zonas en que abunda cada especie sin que los propios habitantes —labradores, técnicos, etc.— se perca-ten del asunto.

Pero, a pesar de tanta ciencia, la modestia de Ceballos se ha reflejado siempre en su trabajo y en las intervenciones. Una labor llevada a cabo lejos del mundo; lejos en tiempo, cuando analiza y habla de la flora del *Quijote*, y lejos en espacio, cuando recorre tantos páramos peninsulares para conocer a fondo la significación de los diversos matorrales españoles. Presente en las sesiones, sólo “dice” cuando a él se acude con afán. Espera su hora con paciencia; mas, cuando llega, se expresa con firmeza, con seguridad absoluta y da a conocer los nombres, las estructuras y las clasificaciones de las plantas cual si sólo se tratara de exponer lo muy sabido por los hombres que aspiran a que el Diccionario se complete y sea perfecto.

Y nada más.

Luis Ceballos,

hombre de ciencia,
botánico sapiente,
trabajador inagotable,
excelente compañero y
académico perfecto,

deja entre nosotros un vacío bien difícil de colmar.

Luis Ceballos,
la paz contigo.

Carlos MARTÍNEZ DE CAMPOS.
Duque de la Torre.

11 de octubre 1967.